LA NOVELA
CORTA
10 cts.
NORA
por
Vargas Vila

Año VI
N.º 295

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 6
Ago. 1921

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 498

En nuestro propósito de divulgar las obras selectas de nuestros más esclarecidos autores contemporáneos, tanto españoles como extranjeros, como lo evidencia el «Sumario de comedias publicadas» en LA NOVELA TEATRAL, vamos a avalorar las páginas de dicha Revista, en la que tan asiduamente han colaborado Benavente, Galdós, Guimerá...

con la firma del ilustre dramaturgo

LINARES RIVAS

publicando varias obras escogidas de su notabilísimo repertorio, entre las cuales se cuentan

CRISTOBALON
TONINADAS

la segunda de las cuales **TONINADAS,** aparecerá mañana domingo, dia 7.

30 céntimos.

NORA

NOVELA INEDITA

Vargas Vila

El lago de un verde color de Esperanza;

el cielo azul-blanco, color de Ilusión;

las landas enormes de arbustos endebles fingiendo parajes de Desolación;

en el mordorado de las arboledas silencio altanero, como un gran trofeo de la Soledad;

el aire calmado, sutil, trasparente, permite la vista de las lontananzas hechas de unas diafanidades de cristal;

y en el fondo de esa calma austera y grave, destacando sus contornos el Castillo Señorial;

hecho negro por los siglos, sus torreones semejan fantasmas evocados de la noche medioeval proyectando sus siluetas en los parques solitarios donde audacias insensatas de los viejos caballeros parecen revivir al conjuro de la sombra en el paisaje espectral;

verde tierno en los parterres;

los estanques opalecen en su calma virginal;

las siluetas monacales se deslizan sobre ellos como en lenta procesión; llevan un ambiguo movimiento abacial;

los álamos temblorosos se reflejan en el agua; sus difusas cabelleras tienen vagas suavidades de cabellos de mujer;

los nínfeos de la orilla, en su gracia adolescente hacen sombra a los ánades;

bosques de abetos, de verdor sombrío, se extienden hasta los pantanos marescentes llenos de una calma soñadora, de desierto;

los jardines hacen marco al palacio secular, un gran marco de magnolias y de pálidos rosales de donde emerge negro y fantasmal, puro en sus líneas, como un gigantesco «intaglio» de lava contornado de gemas pálidas, y de ópalos verde-cerúleos;

una alma verdaderamente trágica parece habitar el palacio austero y vivir en sus jardines solitarios y extenderse sobre los estanques dormidos y los lagos quietos, hasta los pantanos somnolientos, más allá de los pinares pensativos;

se diría que la gran morada lleva el luto de todas las generaciones muertas entre sus muros y llora recientes, irreemplazables desapariciones;

los cielos del Norte diáfanos y blancos hacen resaltar más las negruras argentadas de la siniestra mansión, cuyos torreones semejan en la lividez de los crepúsculos inmensas atalayas de donde pendiesen cadáveres de ahorcados;

capas superpuestas de silencios parecen sepultar la gran morada bajo una aglomeración de atmósferas milenarias;

lejos de todo camino frecuentado, enclavado en el corazón de las rocas el Castillo es como un centinela de la Soledad guardando la inviolabilidad taciturna de aquellos parajes de insólita quietud;

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son pagadas como INÉDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

los barones de Steinck, que lo fundaron allí desde principios del siglo X, parecían no haber buscado sino un lugar de resistencia, donde alzar una fortaleza para vivir en ella;

raza de guerreros, ruda y tenaz, había tenido en ese Castillo su «rempart» durante los siglos bárbaros y se contaban horribles leyendas de ese nido de aguiluchos salvajes, que fueron unos como antecesores de los «hobereaux» tudescos, que hicieron después el monopolio del crimen señorial;

había leyendas de asesinatos, de pillajes, de violaciones, de torturas, de prisioneros sepultados vivos en los fosos o degollados en los torreones y de princesas cautivas, muertas de tristeza después de sufrir los últimos ultrajes;

de él habian sido huéspedes Carlos XII y Gustavo de Suecia;

los espejos de sus salones como los estanques de sus jardines habían visto reflejarse en ellos las figuras de los más bellos caballeros que formaban las escoltas de los reyes conquistadores, y los parques centenarios y agrestes habían visto jóvenes baronesas suspirar de amores por aquellos que partían; se conservaban a ese respecto crónicas espeluznantes de escenas de venganza conyugal, a las cuales la violencia nativa de la raza daba todos los caracteres de la veracidad;

la fantasía de los campesinos de los alrededores y la de los habitantes de la aldea vecina no se fatigaba nunca de forjar o repetir leyendas de jóvenes castellanas muertas violentamente dentro los muros sombríos y cuyos fantasmas vagaban en las noches por los jardines desiertos, llenándolos con sus gemidos, mientras los de aquellas ahogadas en el lago, se alzaban de entre las olas con una belleza de nenúfares hechos de nieblas y de espumas; el último habitante de ese castillo no era el más llamado a desvanecer esas leyendas;

militar despótico y brutal, vicioso y derrochador, habiendo consumido su juventud en las orgías y comprometido su fortuna en el juego, el barón de Steinck, ya en edad madura había casado con la condesa Gorowsky, rusa multimillonaria, viuda de un diplomático eminente, y con un solo hijo de ese matrimonio;

después de muy pocos años pasados en la Corte, la nueva baronesa de Steinck, ante el huracán derrochador que dispersaba su fortuna y la de su hijo, se habia refugiado en ese Castillo, con su madre, ya muy anciana, y los dos hijos de su segundo matrimonio ya que el del primero había entrado en una Academia Militar, de Petrogrado, en la cual una plaza le correspondía, por derecho de abolengo;

un odio espontáneo y feroz había estallado desde el principio, entre el conde Gorowsky, entonces niño y su padrastro, siempre despótico y violento;

este odio no hizo sino crecer con los años y aumentar hasta lo inconcebible, cuando el joven conde, al salir de la Academia, para entrar en el Ejército, solicitó y obtuvo, por influencias de su familia paterna, la partición de bienes, con su madre, para salvar su fortuna de los derroches sin tasa del barón;

separada de su hijo, entregada a las brutalidades de su esposo, la baronesa, de una alma y una salud muy delicadas, no hizo ya sino languidecer en aquella soledad en la cual no tenía otro consuelo que los besos de sus hijos pequeños y las caricias reconfortantes de su madre que la había seguido hasta aquel destierro, con gran contentamiento del barón, que quedaba así libre para residir casi siempre en la capital, consumiendo en los vicios los restos de su fortuna ya muy mermada;

como una sombra diáfana y viva que llorase en la luz, la baronesa se extinguió dulcemente cuando una pulmonía fulminante la hirió, llevándosela en tres días, en un mes de Noviembre, rígido y cruel;

se extinguió como el final de un bello verso dicho en la tarde...; como el último bordonear de una abeja sobre una rosa dormida; suavemente, mansamente, como una ola que se duerme, sobre la playa, vencida;

el joven conde y el viejo barón, se hallaron cerca al féretro de aquella muerta, cuyo cadáver no desarmó su odio, que antes bien, asuntos de la testamentaria vinieron a aumentar;

la vieja condesa quedó en el castillo, porque no tenía el valor de abandonar sus dos últimos nietos Cirilo y Maud, quedados así huérfanos, de seis y cinco años de edad respectivamente, y los cuales había prometido a su hija moribunda, no abandonar jamás;

muerta la baronesa, una sombra de tristeza aun más densa, pareció rodear aquella mansión, envuelta con el feudalismo de la soledad;

sólo los dos niños alegraban con su belleza aquella morada en duelo, sobre la cual el Silencio se hacía pesado y casi tangible, como el que caía sobre las soledades de hielo, no muy lejos del castillo señorial, que parecía un rictus de horror en el paisaje sombrío;

la vieja condesa se inclinaba sobre ellos como un rosal muerto que cubriera dos pájaros implumes, pero ya muy anciana no tenía fuerzas morales para dominar a esos dos niños a los cuales la soledad y los atavismos paternos, empezaban ya a hacer despóticos y rudos;

el barón pensó en colegios, como internos, pero ¡eran tan pequeños!... y, además, por un sentimiento de tardía ternura, no quería separarse de ellos;

pensó entonces en buscar una institutriz, que haciendo compañía a la condesa viuda, se encargara de la educación de los niños;

supo por familiares suyos, de la hija de un gran abogado, recientemente fallecido en la pobreza, la cual brillantemente educada en la Escuela Normal, había obtenido el diploma de Maestra y empezaba a ejercer su profesión dando clases a domicilio en las familias de la aristocracia con las cuales estaba relacionada y aun emparentada con algunas, por su madre, que pertenecía a ella;

se hizo presentar a la joven y le propuso ser la Institutriz de sus hijos, en el castillo de Steinck; Nora Sheidman, que así se llamaba la profesora, aceptó, sabiendo que la vieja condesa hacía seguro aquel asilo, con la sombra de su venerable ancianidad.

———

Flordelizaban pálidos los cielos, en una tarde lánguida de Octubre, cuando Nora Sheidman, pasando la puerta de la sombría reja de hierro que bordeaba el parque del castillo de Steinck, entró a la terraza blanca, bañada a esa hora por la luz de un sol blanco también, como una anémona muriente;

la ojiva verde de las enredaderas se había ya marchitado, y era entonces de un color de cobre bermejo, donde las ramas más tiernas parecían ornamentaciones de oricalco;

se diría que la luz vencida, vencía también el alma inasible de las cosas, sometiéndolas a su paz inerte, al imperio de sus colores desfallecientes, fundiéndose con lentitud en la monocromía austera de la noche;

en el fondo de la tarde el castillo se alzaba negro como un icono tenebroso, bajo una cúpula de oro ornada de incrustaciones cabalísticas;

Nora, tuvo una súbita impresión de angustia, como si algo muy triste aullase detrás del misterio de esa sombra; y, se detuvo;

el barón, que había ido a esperarla a la más próxima estación del camino de hierro, le ofreció entonces la mano para subir la gran escalinata de mármol al final de la cual, la condesa y los niños la esperaban;

erguida a la entrada del peristilo, alta y magra, toda en negro, bajo el

esplendor de sus blancos cabellos, que le hacían uno como casco de amianto, la condesa, teniendo por las manos sus dos nietos, semejaba una vieja dogaresa, esperando una Embajada Imperial, para presentarle los retoños de su estirpe; el vestíbulo era cubierto y bajo el ábside escueto y severo una gran lámpara de hierro, ya encendida, daba reflejos lívidos a las columnas, desnudas de toda ornamentación que no fuera la de sus capiteles, ornados de acantos;

la severidad de ese recinto le habría dado el aspecto de una capilla protestante, si los escudos y las panoplias esculpidas en los muros y el viejo portero galoneado de pie ante la gran puerta de hierro y de cristales, primorosamente labrada, no la hubiese hecho parecer a una sala de armas en espera de los caballeros y el rechinar de los aceros en acción;

bajo la caricia de esa luz ocre y verde, que se extendía hasta la mitad de la escalinata, dejando la otra en la sombra, la vieja condesa aparecía más augusta, como nimbada de un nimbo de siglos, donde brillara en halo el alma gloriosa de su raza;

a la vista de la joven, que apareció en el final del «perron» radiosa de belleza, como enguirnaldada por esa misma luz que hacía tenebrosos los objetos, la condesa avanzó no tendiéndole las manos sino los brazos;

y, la abrazó, y la besó con emoción en ambas mejillas;

ella, había conocido al padre de Nora en los salones de Estocolmo, y había sido muy amiga de la familia de su madre;

la joven, muy conmovida, devolvió aquel beso cuasi maternal y sus labios se posaron, como dos rayos de sol, en las mejillas exangües de la anciana que tenían la blancura amarillenta de un marfil pulido;

los niños se dejaron besar, un poco esquivos, porque la soledad principiaba a hacerlos hoscos, y preveían en esa llegada, el principio de una disciplina;

el tétrico aspecto del castillo imponía fuertemente a Nora Sheidman;

del brazo de la condesa entró al salón, y tuvo al entrar la visión confusa de otros siglos;

se detuvo, como si el soplo del Pasado, le hubiese dado violentamente en el rostro; aquella sillería abacial, arrimada al muro, cuasi adherida a él, como las sillas de un coro;

el respaldar de los sofás unido a los espejos opacos que se alzaban hasta la techumbre, y éstos, no con marcos, sino fijos a la pared con ensambladuras de madera, como en los viejos salones venecianos;

las consolas taraceadas primorosamente, pero tan bajas que parecían hechas para servir de pedestal a los sátiros de bronce que sostenían lunas tersas abrumadas de pámpanos, con sus manos deformes en gestos insolentes;

los cortinajes espesos y obscuros, en terciopelos adamascados ocultaban a grandes trechos la marquetería, donde tallados arcaicos florecían en los «panieres»; la techumbre en madera, esculpida primorosamente, daba al lugar un aspecto de pagoda;

no había lámpara central colgada al techo, sino cuatro lámparas de pie, todas en hierro, muy altas y cubiertas por pantallas obscuras de un violeta denso, que sumía los objetos en una penumbra inquietante de misterio;

habia una en cada ángulo del salón, detrás de biombos de malaquita, historiados a estilo javanés;

la «toilette» sombría de la condesa, era como una nota más de duelo en aquel paraje anacrónico y sombrío, en el cual el traje de viaje de la joven en paño gris, última creación de la moda, su sombrero enflorado y sus guantes claros, hacían el efecto de algo vivo, cantante y luminoso, como una fuente de agua fresca corriendo por entre las tumbas de un Campo Santo abandonado:

la habitación que se le destinaba, y, a la cual la llevó la condesa, estaba situada en el piso superior, y sus dos grandes ventanas daban sobre el parque, que a esa hora mostraba líneas inmóviles, como sumido en un éxtasis de quietud que le daba el aspecto de una agua muerta;

con su cortesía exquisita de noble castellana después que hubo instalado la joven en su habitación y asegurádose de que nada le faltaba, la condesa lo dejó sola, anunciándole que vendrían a llamarla a la hora de la comida;

los cristales de las ventanas estaban cerrados, porque las noches eran ya frías en esas regiones donde el otoño es algo muy precario, algo que no es sino un invierno suave, ornado de mirajes;

la paz de los parques y de los jardines era una paz sombría, que tenía el aspecto de una resignación dolorosa a las cosas de la Fatalidad;

Nora, detrás de los cristales miraba aquel paisaje sin simplicidades, de líneas complicadas y ambiguas preformaciones;

inerte y frío el paisaje tenía a sus pies el aspecto de un estanque gris, en donde el estremecimiento de las hojas caidas en él, semejaba el de las burbujas que revientan y se pierden en el seno de la ola;

la palidez vítrea del cielo arrojaba un reflejo lácteo sobre las arboledas dormidas que parecían florecer en flores oblatorias de Silencio; los recuerdos vinieron entonces en ondas migratorias y rumorosas al alma de la joven;

su infancia plácida y feliz al lado de su madre tan joven y tan bella, pero ya enferma del incurable mal que no perdona;

su padre, muy joven aún, pero ya ilustre en el foro y la tribuna;

su educación esmerada, primero por maestros e institutrices laicos, en la casa de sus padres, y luego en el colegio de monjas ursulinas, donde se educaban las hijas de la muy reducida nobleza católica de los tres reinos escandinavos; luego la muerte de su madre;

la ruina lenta de su padre, inconsolable de aquel dolor, e incapaz de reaccionar contra él;

y, recordaba cómo lo había visto desaparecer poco a poco, ajarse el bello semblante varonil, hecho para la incisión del bajo relieve y el golpe del cincel que modela el busto glorioso; ensombrecerse la mirada dominadora hecha para inmovilizar las muchedumbres rendidas al poder de la palabra; hacerse balbuciente la bella voz musical vencedora en las más rudas justas oratorias; nublarse el cerebro poderoso hasta entrar en los limbos de la Idiotía; una agonía de dos años; la Muerte libertadora al fin...;

y, para ella la orfandad, en una pobreza cercana a la miseria, sin otro recurso que su profesión de Maestra graduada en ese colegio de Ursulinas y refrendado su diploma en la Escuela Normal de Estocolmo, después de un brillante examen;

y, ahora estaba allí, en ese castillo solitario alzado entre las montañas y los lagos como entre todas las intemperies de las aguas y de la Tierra;

inclinó la cabeza, y hubiera llorado si un débil golpe dado en la puerta no la hubiese sacado de su ensimismamiento;

era el criado que venía a anunciarle que la comida estaba servida;

ya se había despojado de su traje de viaje y se había puesto uno muy sencillo de satén heliotropo, sin otro adorno que una gorguera de encajes color de crema;

la comida fué ceremoniosa a pesar de los esfuerzos de la condesa por inspirar confianza a la joven recién venida;

suponiéndola fatigada del viaje no hubo ninguna forma de «soiree», y todos se retiraron pronto a sus habitaciones;

y, el Silencio imperó solo, omnipresente, sobre el castillo trágico que parecía una Esfinge sepultada a medias, no por las arenas, sino por las aguas de un pantano que lo hundiera, lenta, inexorablemente en la Muerte.

———

Desde el día siguiente el castillo tuvo un aspecto de vida suave y delicado que le faltaba hasta entonces;

Nora llegó a él como una hada errátil que buscara su cuadro natural de follajes y de aguas iluminando con su belleza blonda el verdor taciturno de los lagos y de los bosques;

la vieja condesa sintió rota su soledad abrumadora por la llegada de aquel ser tan joven y tan bello, que extendía sobre las almas y las cosas el suave y soberano prestigio de su juventud y su belleza, con una serenidad de aureola;

y por una noble afinidad de almas amó aquel ser frágil y triste, que ya aparecía profundo y misterioso, y, en cuya cabeza boticelliana principiaba a extenderse como una débil niebla el enigma vinciano; Nora fué con ella desde el primer día tierna y filial, como fué con los niños maternal y dulce;

éstos la tomaron pronto en afección, como si la onda de inefable ternura que se escapaba de ella hubiese conquistado para siempre sus corazones de huérfanos solitarios, no habituados a otras caricias que a aquellas que hacían sobre sus cabezas las manos temblorosas de su abuela;

el barón permanecía poco en el castillo y cuando solía estar en él era amable y respetuoso con la Institutriz, que encontraba encantadora, en su doble belleza espiritual y física, y la cual se le aparecía como envuelta en un extraño prisma de ensueño turbador;

ésta se sentía mal en presencia de aquel hombre lleno de audacias interiores, que se adivinaban como un peligro, y cuyos ojos de libertino escrutador parecían desnudar mentalmente las mujeres que miraban;

de tal manera se sentía cohibida en su presencia, que le esquivaba cuanto le era posible, y se sentía feliz cuando por sus constantes viajes a la capital, el barón la libertaba de ella;

la condesa compartía este gozo, aunque con su exquisita benignidad ocultase la repugnancia y la aversión que su yerno le inspiraba;

libres de él, las dos mujeres se sentían envueltas en una atmósfera de tranquilidad segura y confiada, cuyos efluvios acariciadores tenían sortilegios de caricias;

la vida era entonces para ellas, suave y amable, en una atmósfera de discreta intimidad, que hacía parecer aquel castillo una isla de paz entre los lagos inquietos; la condesa era una apasionada de la lectura, por más que sus ojos, ya fatigados, no le permitieran excederse en ese placer;

Nora, se hizo su lectora habitual;

en la mañana, le leía diarios y revistas, y en la tarde, ya sentadas en los sillones del vestíbulo, o ya en uno de los bancos del jardín si el tiempo lo permitía, le leía novelas emocionantes, que la anciana amaba mucho, mientras los niños jugaban en los senderos arenosos, cerca a las platabandas que limitaban sus juegos;

su voz musical y grave llenaba de armonías el jardín, desflorando el silencio en ondas líricas que parecían llevar una delicia sentimental al corazón de las flores, que se dirían atentas al alma de la narración y a la de los sonidos que hacían casi siempre nublarse de llanto los ojos de la anciana, mientras sus manos temblaban de emoción, sobre los bordados primorosos que ejecutaba;

otras veces daba el brazo a la condesa para pasear bajo las arboledas umbrías que le hacían una como cúpula de malaquitas incrustadas de oro, o vagaban cerca a las azulidades tenebrosas del lago, cerca a los juncales estremecidos y a los nínfeos erectos, que semejaban pistilos de una flor monstruosa, oculta entre las aguas, nenúfares pálidos parecían mirarla con la inquietud angustiosa de príncipes shakespearianos, mientras los cisnes meditativos llenos de una vaga envidia. ensayaban gestos hieráticos, en su estúpido orgullo de palmípedos sacerdotales;

la condesa toda blanca de cabellos y de rostro, envuelta en sus negras vestiduras, augustamente triste como uno de los cipreses melancólicos que bordeaban los senderos cercanos, era como el alma de las viejas razas que el soplo de la Muerte había dispersado y que vagase por allí, al de una suave evocación, mientras la radiante e imperiosa belleza de la joven, en sus trajes claros y elegantes, era como una evocación de primavera que recordaba las antiguas fiestas versallescas habidas en esos mismos lugares, donde habían ostentado su belleza deslumbrante las jóvenes baronesas difuntas ya dormidas bajo las lozas de la cercana capilla señorial;

en las noches, tocaba el piano para la condesa conmovida, que era su solo auditorio, y las ondas sonoras de la música se dispersaban sobre los jardines dormidos como una ánfora de rosas musicales, vertidas en el corazón del Silencio, por una canéfora invisible, hermana misteriosa de la Noche;

y se diluían en el encanto de la calma yacente, sobre el satín azul de los álamos dormidos en la calma bienaventurada del paisaje, sobre el ritmo blanco de los rosales y el topacio de las alas de los ánades, que despiertos, enarcaban el cuello, como grandes asas de vasos ofertorios de adoración;

el barón, que empezaba a limitar mucho sus ausencias y se detenía más tiempo del que le era habitual, en el castillo, supo de esas audiciones musicales, y asistió a ellas, silencioso y grave, como hipnotizado por el poder sugestionador de la música en la cual vibraba su alma violentamente sacudida de recuerdos, y por la belleza de Nora, grave y pensativa, brillando bajo la luz de la lámpara, como si fuese hecha de mármol turgida con venazones de añil;

el oro melado de la cabellera brillaba en la nuca delicada, como el broche de un collar disperso en cintillos florescentes;

la sombra larga de las pestañas y el negro natural de las ojeras hacían más tenebrosos sus ojos, inclinados sobre los papeles de la música o entrecerrados y misteriosos si tocaba de memoria;

la devoraba con la mirada, una mirada audaz, de viejo conocedor de cuerpos de mujeres;

la desnudaba mentalmente y desnudaba sus encantos con una voluptuosidad intensa, sabia y profunda, que lo sumía en ensueños deliciosos;

aplaudía con entusiasmo de artista, sintiéndose disgustado del desdén frío, aunque muy correcto, con que la joven recibía sus felicitaciones;

ésta, parecía huirle, o al menos esquivar su compañía con un raro tesón, y una urbanidad exquisita;

no se dejaba ver sino en la mesa o a la hora del paseo vesperal por los jardines, siempre acompañada de la condesa, y desde que notó la asiduidad del barón a las veladas musicales las fué espaciando hasta suprimirlas por completo; orgulloso y voluntarioso, el viejo libertino sufría de esta esquivez, y se vengaba con alusiones a la pedantería de las mujeres sabias;

a medida que se sentía más desdeñado se hacía más acre, empeñándose en hacer sentir a la joven su dolorosa servidumbre, llegando un día hasta la insolencia de decirle:

—Ustedes las maestras sufrirán mucho cuando cambian de «amos»...

—Yo, no he tenido nunca «amos»—le contestó Nora—; mis antepasados tuvieron esclavos mucho antes de que fueran nobles muchos hombres nacidos para siervos...

todo el orgullo de su estirpe vibró en aquella frase que el barón sintió silbar en sus oídos, como un latigazo recibido en pleno rostro;

después de ese incidente, ella trató de apartarse cada vez más, del padre de sus discípulos, por el cual sentía una marcada y poderosa aversión;

limitó su vida al cumplimiento estricto de su deber, dejándose ver lo menos posible, y evitando encontrarse con el barón fuera de las horas de las comidas, o en aquellos casos fortuitos en que le era imposible evitarlo;

las mañanas las dedicaba todas a sus discípulos, empezando sus lecciones después que éstos habían tomado el baño, prolongándolas hasta el medio día hora en que si el tiempo era bueno los hacía hacer grandes ejercicios al aire libre, por los bosques y campos cercanos al castillo, para que se saturasen de oxígeno, o los hacía remar en el lago, después de las infaltables lecciones de gimnasia;

los niños la amaban con pasión, buscando en ella el calor maternal que les faltaba y de cuya carencia estaban tristes sin saberlo; se desarrollaban fuertes y bellos, sensitivos como todos los huérfanos de tierna edad, y enfermos de esa tristeza vaga de la cual la soledad satura las almas como una atmósfera, semejante a los miasmas que se escapan de las aguas estancadas y paludizan lentamente las tierras y los cuerpos circundantes;

en las tardes, bajo esos cielos metalescentes del Norte, tan tristes y tan bellos, se la veia dando el brazo a la anciana condesa por las avenidas sombrías del parque solitario, llenándolo todo con el encanto misterioso de su gracia señorial, o sentada en la terraza luminosa, cerca al lago quieto, leyendo a la vieja señora algún libro de viajes o ayudándola en sus bordados o viendo distraida jugar los niños sobre la arena aun tibia de los rayos solares; cerca a los parterres que guardaban algo de la vecina calma lagunar, entre el verde tierno de las frondas húmedas y el azul opalescente de los oleajes dormidos;

era la hora en que la condesa le hacía confidencias sobre sus asuntos y sus dramas familiares, sobre la muerte de su hija y la ausencia de su nieto mayor, que eran los dos grandes dolores de su vida.

el joven conde proveia a los gastos de su abuela, que eran bien pocos, y venía a verla durante las vacaciones, aprovechando la época en que el barón estaba ausente en su viaje anual que solía hacer en el «yacht» de un círculo a que pertenecia, y, en el cual empleaba hasta tres meses;

la voz de la condesa era como una fuente de desolaciones contando los largos martirios padecidos bajo el despotismo de su yerno y las brutalidades de que su hija había sido objeto de parte de aquel hombre, que no contento con dilapidarle su fortuna, la ultrajaba ignominiosamente;

un rencor sordo emergía entonces en el alma de la joven contra este hombre vicioso y cruel, que todo lo sacrificaba a su egoísmo y había llevado su audacia hasta querer imponer sus queridas a su esposa, obligándola con sus escándalos a abandonar la capital y encerrarse en ese castillo donde siquiera su dignidad estaba a salvo;

y tuvo una especie de culto por la baronesa difunta, cuya tumba en la capilla del palacio gustaba en visitar ornándola de flores y llevando a ella los niños para que orasen sobre el sepulcro de aquella que les había dado el ser;

y, cuando ellos conmovidos le preguntaban:

—¿De qué murió mamá?

—De Dolor—les respondía;

y sentía que si ellos le hubiesen preguntado un día: ¿quién la mató?, no habría vacilado en responderles: «vuestro padre»;

una gran dosis de desprecio se mezclaba a la aversión que el barón le inspiraba y ponía tal empeño en huirle, que a veces la condesa misma se resentía de sus ausencias, porque pretextando neuralgias constantes no salía de sus habitaciones, evitando bajar a los jardines y aun asistir a las comidas;

la condesa que ya la amaba mucho, subía entonces a verla, tomaban el te juntas y sus veladas se prolongaban hasta tarde, viéndose el barón obligado a comer solo porque la condesa también se hacía excusar;

esta esquivez manifiesta, hiriendo el orgullo del barón, contribuía a aumentar el interés que ya sentía por Nora, cuya belleza esplendente y el imperioso encanto que emanaba de ella, empezaban a intrigarlo y a sugestionarlo con un invencible poderío;

no perdía la ocasión de acercarse a ella en las raras ocasiones que se le presentaban, ora en esos momentos del atardecer, cuando ella leía a la condesa o dialogaba en el vestíbulo, ora en los paseos por el jardín o a la hora de las comidas, ya que las veladas musicales habían sido suprimidas por ella para evitar el implacable huésped;

la llenaba de atenciones delicadas, la obsequiaba con flores, que ella dejaba casi siempre olvidadas sobre los bancos del jardín, le traía de sus excursiones dulces y obsequios, que eran recibidos con una cortés, pero marcada indiferencia; la edad hacía tierno al viejo lobo;

el ogro duro y cruel, se sentía lastimado de esos desdenes y conmovido ante tanta belleza;

el gris plomizo de sus ojos, que tenían la agudeza de dos puñales en la sombra, se hacía soñador y cuasi podría decirse que exquisitamente sensitivo;

tenía siempre para ella una frase de galantería en los labios, en los cuales parecía revivir el verbo cortesano de la vieja estirpe señorial, que había hecho idílica aquella morada, sig os antes de hacerla tan pavorosamente trágica;

su voz, que tenía siempre la aspereza breve de una consigna militar dada en la noche, se hacía suave, efusiva, casi podría decirse que tierna, cuando hablaba con Nora, ya fuese acerca de los estudios de los niños, o ya sobre cuestiones literarias o artísticas, en que ella era muy versada;

la condesa somnoleaba o parecía somnolear durante estas breves pláticas, a las cuales Nora se encargaba siempre de poner un pronto término;

hombre de mundo y conocedor de las mujeres, sabía bien que no había entrado en el corazón de Nora, del cual una secreta e inconfesada aversión le vedaba el dominio;

atribuía eso a manejos de la condesa, a su odio implacable y mudo empeñado en desacreditarlo para vengar a su hija muerta y a rumores del servicio y de los campesinos colonos del castillo, que le profesaban una sorda y abyecta hostilidad;

no ignoraba ninguno de los decires y leyendas que circulaban sobre él, y sabía de memoria todas las crónicas que había sobre su vida y su fama de lascivia, de egoísmo y de crueldad, que él se complacía en acrecentar con una ostentación rayana, más que en el cinismo, en la insensatez;

por primera vez, esos rumores y esa reputación lo inquietaban;

saber que habían llegado a los oídos de aquel ser tan recto y tan puro, que él aspiraba a conquistar, fué un dolor nuevo en su vida, hasta entonces ajena a todo temor y a todo remordimiento;

para desvirtuar esas crónicas se puso entonces a hacer obras de caridad socorriendo y visitando los campesinos enfermos;

hizo partícipe de esas bondades a Nora, la cual se prestó gustosa a repartir el dinero y las medicinas, pero, no aceptó ir con él a las moradas de los enfermos para visitarlos, alegando que razones de higiene le prohibían ese contacto, que podía ser fatal a los niños;

poco a poco el barón fué espaciando sus visitas a la capital, y no abandonaba el castillo y sus alrededores, con el pretexto de siembras y mejoras de sus tierras, muy descuidadas hasta entonces;

Nora no podía evitar por completo los encuentros con él, conformándose con no estar nunca sola, sino acompañada de la condesa o de los niños, que le eran siempre una salvaguardia; él la seguía de cerca, y una vez que la sorprendió en el amplio corredor que daba sobre el parque, sentada, teniendo abrazados a Cirilo y a Maud, que la besaban con pasión, la dijo:

—¿Ama usted mucho los niños?

—Es necesario amarlos, porque ellos no nos hacen mal y no pueden protegerse contra el mal que se les hace—respondió con una voz profunda, acariciando las cabezas de los niños, suaves como las guedejas de dos mazorcas recién arrancadas del maizal;

—Yo, no he podido hacerme amar de los míos—dijo él, con una voz sorda que aspiraba a ser quejosa.

—El amor se inspira o se merece, no se impone.

—Esos niños llevan el odio en su sangre; el odio de los Gorowsky contra mí;

y hecho otra vez tierno, murmuró, como si hablase consigo mismo:

—Si esos niños hallaran de nuevo una madre...; una madre joven, bella, cariñosa, que me amara y los enseñara a amarme, y curara en ellos la orfandad, y en mí la Soledad.

y así diciendo la miró tan tiernamente, que ella tuvo miedo y poniéndose en pie para alejarse, dijo:

—Tuvieron una, y el Dolor la mató;

comprendiendo que si la dejaba partir no podría volver a hablarle en mucho tiempo, la retuvo por una mano y le dijo suplicante:

—No me odie usted. ¿qué mal le he hecho?, ¿no ve usted cuánto la amo?

viendo brillar la indignación en los bellos ojos, se apresuró a decir, para que ella no creyese en el plan de una seducción vulgar:

—Nora, ¿querría usted ser mi esposa?

y dobló la rodilla, ensayando besar la mano que la joven retiró diciendo:

—Imposible

y se alejó abrazando los dos niños, como si los librara también de un gran peligro; el barón quedó absorto, inmóvil, viendo alejarse la visión radiosa como si llevase su Destino, prisionero en el halo de su cabellera, que fulgía como una gavilla de oro incendiada por el Sol.

— — —

Hombre ducho en ardides de seducción y cosas del Amor, el barón comprendió que continuar sus asiduidades cerca de Nora podría más bien comprometer que salvar sus planes;

sin renunciar a ellos resolvió poner una tregua a sus designios;

y reaccionando contra las heridas de su orgullo y contra la invencible melancolía que ya empezaba a apoderarse de su corazón, anticipó unos días el viaje marítimo que acostumbraba hacer todos los años y partió no sin decir a Nora al despedirse:

—¿La hallaré a usted aquí?; la vida sin usted no es posible en esta soledad;

su voz era triste y conmovida, y un grande acento de sinceridad vibraba en esas palabras trémulas de emoción.

—La vida es instable—dijo ella—, y no podemos prometer nada en la instabilidad de la vida.

—Y, si la hallo aquí ¿habrá usted dejado de odiarme?—murmuró él, como perdido en el fondo de un sueño y cual si no hubiese oído la respuesta evasiva de la joven.

—Yo no odio a nadie—dijo ésta;

la condesa que llegaba interrumpió el diálogo;

el barón besó las manos a las dos damas, acarició a sus hijos y partió;

su partida fué una liberación;

la condesa la aprovechó para escribir a su nieto llamándolo, pues hacía más de un año que no lo veía;

el joven conde, que recién salido de la Escuela Militar, prestaba sus servicios en un regimiento de húsares, apenas recibida la carta solicitó una licencia, porque amaba mucho a su abuela, y amaba el viejo castillo que se complacía en recorrer porque le parecía hallar a cada paso la sombra augusta de su madre y dialogar con ella;

ese peregrinaje a la tumba amada era un gran lenitivo a su corazón;

Estanislao Gorowsky acababa de cumplir veintidós años;

era muy alto, muy delgado, tenía el tinte pálido de las razas septentrionales, ese blancor cándido que parece hecho de brumas y de nieves; los ojos de un gris verdoso de algas marinas; el cabello rubio, claro, peinado militarmente a la «brosse», dejando en descubierto la frente amplia y noble; la boca amable con labios algo desdeñosos y pálidos; los dientes largos y blancos; un ligero bozo más rubio que el cabello despuntando apenas y cuidadosamente afeitado, sin duda por consigna militar;

cuando llegó al castillo lo cubría un largo manto, de paño azul como el resto del traje, calzaba altas botas de charol, y, se tocaba con una gorra gris ornada del águila negra primorosamente bordada en sedas;

se descubrió para abrazar y besar con efusión a su abuela, y se inclinó ceremonioso ante la señorita Sheidman, que la condesa le presentó con grandes elogios y una voz cálida de emoción;

en las opalescencias del crepúsculo que borraba ya los contornos del horizonte lapídeo, la silueta de Nora se destacaba con las más bella euritmia de líneas, entre los intercolumnios y bajo los arquitrabes que sostenían la cúpula del vestíbulo, como en el silencio de un lararío en el cual ella fuese la única divinidad;

el triálogo inicial fué amable, y los personajes se separaron para ir cada uno a sus habitaciones a cambiarse de traje, pues la hora de la comida se avecinaba; cuando ésta llegó, todos se hallaron en el comedor, adornado con flores y engalanado como para una fiesta;

la ausencia del barón ponía una nota de alegría en todos los circunstantes, y, hasta los viejos servidores sonreían, felices de aquella liberación;

los niños se habían ido a dormir después de jugar alegremente con el gran «Fanis», como llamaban a su hermano mayor, que los amaba mucho, especialmente a la niña, en cuyos ojos garzos con reflejos ambarinos, le parecía ver algo de la tristeza nórdica y de las grandes pesadumbres de los ojos de su madre;

la condesa, feliz de la llegada de su nieto, fué expansiva y locuaz, como no lo había sido nunca, y habló de sus asuntos de familia con una libertad in-

tencionada, como para hacer ver al joven, que Nora no ignoraba nada, absolutamente nada, de cuanto pasaba y habia pasado dentro de los muros de aquella mansión;

y, cada vez que el nombre del barón pasaba por entre los labios de ellos, era con un gesto de desdén en los de la condesa. y con un silbido de odio entre los de Estanislao Gorowsky;

no lo nombraban casi siempre sino con el pronombre, «El», y sólo la condesa dijo alguna vez, en francés: «Monsieur de Steinck»; nunca con un nombre cariñoso o familiar, sino como si se tratase más que de un extraño, de un enemigo; el solo recuerdo de aquel hombre, turbaba la placidez de aquellas almas, y las hacía hoscas y agresivas, más como la prescencia, que como la presencia de un gran peligro;

terminada la comida se trasladaron al salón, que pareció despertar de un largo sueño cuando encendieron las lámparas angulares, que fingían tras de los biombos violáceos, capillas de adoración;

accediendo a los deseos de la condesa, Nora se puso al piano y tocó con esa maestría sensitiva, y ese gusto exquisito y raro, que emanaban de todos sus gestos y de toda su persona como un efluvio;

Estanislao Gorowsky cantó canciones rusas de una sentimentalidad penetrante y misteriosa, como el alma eslava, cantos de la estepa, fragmentos de los poemas musicales de Doromyerosky, recientemente muerto en cautiverio;

la ola envolvente de la música tocaba todas las almas y las acariciaba con ritmos suaves, como las olas de un lago a cuerpos desnudos sobre la playa;

el cuello y la cabeza de Nora emergian del moaré obscuro del traje, como el cuello de una Venus de mármol hallada entre las lavas del Vesubio; los rizos castaños que como un baño de oro brillaban en su nuca oreciéndola suavemente, se estremecían al aliento del joven cuando éste se inclinaba cerca de ella para decirle el motivo de la partitura o decirle algún compás;

los ojos de la virgen se hacían marescentes y turbados como si corrientes magnéticas la sacudiesen, y cuando trataba de apoyar con la voz alguna nota o alguna palabra de la canción, su voz era agitada y doliente, como el grito de un pájaro herido bajo la transparencia inhospitalaria de un cielo de invierno; la sensación de la música la enervaba hasta enfermarla, y cuando terminaba la ejecución de una gran sinfonía, sus manos se apoyaban sobre el piano, desfallecientes y vencidas, como si la última nota de la música le hubiese extraido todo el jugo vital por las extremidades de los dedos;

cuando se puso en pie, anduvo como sonámbula, y se apercibió tarde de que Estanislao Gorowsky le ofrecía el brazo para conducirla a su asiento; se apoyó levemente en él, con una sonrisa triste en los labios temblorosos de emoción, y en los ojos una imperceptible humedad de lágrimas, semejante a la que la niebla deja en las ramas de los árboles cuando los ha envuelto en sus caricias; permaneció absorta cuando ocupó su sillón cerca al de la condesa, que parecía, ella también, hundida en un vago ensueño de recordación;

floreció el Silencio en el amplio salón, tras los biombos turquinos historiados de asfódelos, donde parecía sentirse, como real, el vuelo fatigado de los onocrótalos, que tendían sus alas de oro sobre paisajes de ámbar;

la luz tamizada de las lámparas fingía lacunarios de cristal sobre la flora mórbida de las alfombras y se hacía láctea al esparcirse en los muros, donde los papeles y las tapicerías fingían colmenas de cristal, en las cuales creería oirse el triar armonioso de las abejas;

un ambiente de opobálsamo sedante parecía enrarecer la atmósfera sumiendo las almas en un estado letárgico de ensueño;

la condesa fué la primera en reaccionar contra aquel ambiente romántico que los envolvía, y, se puso en pie para retirarse;

los dos jóvenes volvieron a la realidad de la vida como si regresasen de hacer el mismo viaje espiritual, en un amplio vuelo, sobre un territorio devastado por todas las borrascas;

la condesa besó a su nieto, golosamente, como si aun fuera un niño;

Nora y el conde se dieron la mano, con efusión como si muchos días de amistad los uniesen ya;

éste las acompañó hasta la puerta del Salón y quedó de pie sobre el umbral de ella, viendo alejarse y desaparecer la sombra augusta de su abuela, apoyada en el brazo de aquella Minerva polar, tan extrañamente misteriosa y turbadora.

———

En la soledad del castillo la vida tuvo ritmos nuevos y como más acelerados; la juventud inquieta del conde sacudió el letargo de las almas y de los parajes como se sacude el polvo de un salón largo tiempo abandonado;

y, ese polvo sutil fingía en el aire mariposas de oro;

las mañanas fueron como siempre dedicadas por Nora al aseo y las clases de los niños;

pero, poco antes de la comida del mediodía, a la hora de los ejercicios gimnásticos al aire libre, Estanislao enseñó nuevos movimientos de gimnasia militar a su minúsculo hermano, feliz de estas innovaciones que halagaban sus naturales instintos de lobatón de una raza guerrera;

en las tardes jugaban grandes partidas de «tennis», ante las miradas de la vieja condesa que rememoraba términos del juego y hacía objeciones a las jugadas, orgullosa de aquel nieto cuyos miembros ágiles y posturas atrevidas, recordaban las de los más bellos dioscódoros en fiestas atenienses;

otras tardes, eran excursiones por el lago, sorprendiendo y dispersando los cisnes hoscos y los ánades huraños, hechos salvajes por el hábito de su larga, inviolada soledad;

Estanislao, remaba con maestría, y, enseñaba a remar a Nora, deleitándose en los movimientos de aquel cuerpo ágil y fuerte, viendo empurpurarse aquel rostro habitualmente pálido, que unía a la pureza beatífica de los rostros perugianos, la espiritualidad difusa de las vírgenes de Orcagna, y mirando con encanto morir la tarde en el cristal vertiginoso de aquellos ojos que eran como dos sardonias magnéticas incrustadas en marfil; en esos climas nórdicos, las tardes blancas y precarias tenían los tintes místicos de una «Anunciación» de Palma, el joven, hecha bajo los cielos cándidos de Siena;

en la barca, al lado suyo, los niños semejaban arcángeles del Giotto, nimbando a esa Madona, más grácil y más bella que los ninfeos lánguidos que el remo estremecía, cubriéndolos de espuma al hender el agua quieta en que antes se miraban, cenobitas orgullosos de aquel lago señorial;

y, volvían a la orilla soñadores bajo los cielos fabulosos hechos crepusculares y besaban conmovidos a la vieja condesa, que los esperaba en la escalinata, como una hada benéfica, que siguiera ella también, sobre el turquí hecho negro, de las olas, la ruta taciturna de sus sueños;

y regresaban al castillo lentos y silenciosos, internándose en los laberintos del jardín, donde bajo los túneles de follaje los falenos fulgían, adornando los arbustos con floraciones de luz, y los últimos gorgeos de los pájaros sonaban bajo los pinares, como el himno misterioso de las cosas, a través de las claridades infinitas;

ese mutismo, de una paz ambigua, que los niños ya somnolientos inte-

rrumpían con inocentes interrogaciones, estaba, sin embargo, lleno de tiernas y suaves impresiones espirituales, de coloquios de almas, que semejaban plegarias temblorosas de seres arrodillados en la sombra;

ya llegados a la casa, todo parecía revivir, y, el silencio mismo era armonioso como una huída de arpergios escapados de flautas invisibles apenas preludiados en el corazón de la soledad;

otras tardes, bajo cielos opiáceos, que hacían una como lenta lapidificación de los paisajes, vagaban por las avenidas de los jardines, donde el amor de la Naturaleza les decía en parábolas cantantes, la naturaleza del Amor;

sintiéndola fatigada, él le daba el brazo, y cada uno con uno de los uiños cogidos de la otra mano, como para escoltarse de estas dos inocencias, vagaban por los senderos perfumados de acres olores, llenos de la voluptuosidad vegetal de las plantas vivas, magnificados sin cesar por el alma ardiente de la Tierra; se internaban por los pequeños senderos húmedos y umbríos, y la maravillosa música de la soledad los obsesionaba, los perseguía con voces incitativas que tenían el encanto y el poder de una caricia tierna;

se detenían entonces sorprendidos como si el alma virgen de los lugares les hablase de cosas que no podían confesarse, y escapaban a esos laberintos de tentación y volvían a los amplios caminos, a las grandes avenidas, donde la luz era como un centinela augusto de sus purezas turbadas;

todos los ruidos, todos los colores, cantaban en sus corazones como en un Himnario magistral, que no pedía sino ser interpretado y traducido en voces y ritos de amor, más ardientes que el «Cantar de los cantares»; un gran soplo de fuerza viril ardía la sangre de él y brillaba en sus ojos acerados, mientras el rostro de ella se empurpuraba con un rosicler de aurora;

otras veces palidecían, como si un mismo vértigo los tomase, y se apoyaban mutuamente, como si fuesen a caer exánimes el uno en brazos del otro;

entonces regresaban presurosos a la casa, haciendo esfuerzos para hablar de cosas indiferentes en voz alta, como para ausentar los pensamientos turbadores, y las voces tumultuosas que se escapaban de todos sus sentidos;

y callaban al llegar a la terraza, donde la condesa los recibía con una sonrisa suave, que era una suave complicidad de unos labios que sabían todas las palabras del amor, y, una mirada cariñosa que era como la bendición de unos ojos prontos a cerrarse para siempre después de haber visto todas las cosas del amor, y que lo veia ahora florecer en aquellas almas, en una primavera de idealidad, llena de mudos deseos;

callaban... como si el rosal de las palabras se negase a abrir sus rosas sonoras sobre sus labios tímidos que no habían sabido juntarse y reventar en una floración de besos;

Estanislao Gorowsky, era un sensitivo exquisito, y no un psicólogo demoledor de sus propias sensaciones, de esos que gozan en devastar sus jardines interiores con el hacha despiadada del análisis;

muy joven aún, poco dado a otras lecturas que no fueran las del arte militar, y las matemáticas por las cuales era apasionado, la teorización de sus sensaciones no lo había ocupado nunca, se conformaba con sentirlas sin tratar de definirlas, amaba la Vida y trataba de gozarla sin pretender definirla;

de temperamento puramente eslavo, idealista, soñador y fantástico, gozaba en divinizar la mujer, de la cual, pocas veces hasta entonces había sentido la caricia agotadora; educado en el rigor de una Academia Militar, en una ciudad de provincia, había tenido muy poca ocasión de corromperse;

no que a su edad de veintidós años ignorase el amor sexual que se vende en los prostibulos, y ejercen a domicilio hetairas tentadoras, sino que ese

amor no había pasado en él de una sensación cerebro-espinal, que no había tocado su corazón, ni viciado su organismo;

era un sentimental, y no un sensual;

una pureza nativa aureolaba todos sus sueños de amor, y frente a una mujer como Nora Sheidman, no sintió sino una pasión profunda y delicada, que se alzaba de lo más hondo de su ser, por sobre todas las cosas viles de la tierra, hacia regiones remotas de la más grave pureza;

fantástico y quimérico en asuntos pasionales, como todo hombre del Norte, se dió a cultivar con delirio esa vaga sensación que llenaba todo su ser y que no quería analizar por temor de destruir;

estar cerca a Nora, verla, oirla, hablarla, fué ya toda su aspiración y el encanto de su vida;

todas las perspectivas del mundo exterior se borraban y se fundían en esa sola aspiración;

ya no había para él bellos paisajes de los cielos y de la tierra, sino mirados en los ojos de Nora;

y, no había armonías ni músicas en los aires y en las palabras, si no brotaban de esa fuente de melodías que eran los labios de Nora; y ¿ella?

¿permanecía extraña a esa pasión naciente, que sentía crecer y alzarse, blanca y pura como una aurora boreal en los ojos claros y serenos de Estanislao Gorowsky, y que sentía temblar en sus palabras con un tremor de alas heridas? ¿participaba ella de esa pasión?

aquel joven oficial, alto y pálido, con ojos soñadores, llenos de infinito, como los océanos polares, con su voz suave, que conservaba aun trémolos de adolescencia en sus pláticas graves, llenas de una candorosa ingenuidad, ¿había despertado algo en su corazón?...

la idea del matrimonio no había perturbado hasta entonces la virginidad de sus sueños;

noble por su madre, heredera por su padre de un nombre hecho ilustre en el Foro, habría podido aspirar a los más altos matrimonios si hubiese sido rica; pero... era pobre... de una pobreza rayana en la miseria;

sola sobre la tierra, hecha Institutriz para ganar honradamente su vida, no eran los esplendores del mundo los que la atraían, sino un místico ensueño de apostolización, una extraña sed de proselitismo y evangelización, que ponía alas a sus sueños y los hacía volar por cielos ilimitados hacia regiones desconocidas;

antes de venir a casa del barón de Steinck, había hecho ya gestiones para ser admitida en una comunidad de damas catequistas, en la cual las más linajudas familias de Suecia y de Noruega, contaban miembros suyos;

esta comunidad de misioneras tenía la enseñanza por misión, y para catequizar y enseñar los niños de comarcas lejanas, sus monjas, que vivían en comunidad, pero sin guardar clausura, iban dispersas por el mundo, al Asia, al Africa, a la América, dondequiera que hubiese almas que conquistar y niños que enseñar;

esa vida aventurera y santa a la par, la seducía enormemente;

ese amor de las lejanías le venía de sus antecesores maternos, todos marinos, y de los cuales, el último, su abuelo, había sido almirante, y su pasión por la enseñanza le venía de su padre, el gran orador, cuya vida de apostolado y doctrinización, había sido como una constante y bella arenga;

así, el matrimonio no había figurado hasta entonces en los planes de su vida, sin duda porque el amor, no había aun aparecido en ella; por eso había rechazado, casi con horror, las pretensiones del barón Steinck;

por eso temblaba ante esa atmósfera de amor que se alzaba en torno de ella y dentro de su propio corazón;

¿era una traición a sus sueños de evangelismo y propaganda, dejarse ganar por esa pasión, que no era sino la conquista de una alma para el Amor, abandonando su ardor de proselitismo que era la conquista de miles de almas para la Fe?

ella sentía que lentamente esas perspectivas piadosas de evangelizaciones remotas, se diluían, se esfumaban en su mente y en su corazón, ante ese algo nuevo que surgía en ellos con un poder irresistible y fatal;

ese algo, que emanaba de las palabras tiernas, de las miradas rendidas, de todos los gestos y las voces de adoración de Estanislao Gorowsky;

y, quiso huir de ese poder de atracción, como se huye violentamente de la boca de un abismo;

y, se fingió enferma, se encerró en sus habitaciones, y no salió sino a la sala de clases, que le era vecina;

comía con los niños, y hubiera deseado dormir con ellos, como para protegerse de algo invisible que la amenazara;

la condesa vino a verla y le hizo largas horas compañía;

Estanislao, fiel guardador de las conveniencias sociales, no se atrevió a penetrar en ese aposento, a cuyas puertas todas las purezas velaban, haciéndole una invisible escolta;

la tristeza que volvió a reinar en el castillo envolvió el alma del joven oficial en uno como manto de angustias;

cándido como un niño, habló a su abuela, a cuyos ojos expertos no se escapaba ninguna de las peripecias de aquel inocente drama sentimental;

hábil como todas las mujeres en esa clase de ardides, la condesa logró imponerse con suave severidad, obteniendo de la joven que volviera de nuevo al comedor y a los jardines, por prescripción del médico, que le ordenaba tomar el aire libre;

y, ella, como si reviviese magníficamente, apareció más bella y más soñadora bajo los suaves follajes de los abedules y las cabelleras flácidas de los abetos, que tremolaban sobre ella una como sinfonía de hojas sonoras;

se diría que verdaderamente había estado enferma, tal era la palidez de su rostro y la languidez de sus gestos, reveladores de una gran fatiga;

Estanislao, le ofrecía el brazo en los primeros paseos de esta fingida convalecencia;

y ella no podía rehusarlo, porque la condesa que los acompañaba, la instaba a ello, apoyándose en el otro brazo de su nieto, o guiando los niños a poca distancia de ellos;

los paseos eran melancólicos, entre las músicas del agua y las de los ramajes, que parecían unirse para cantar un mismo cántico de salutación a la ausente, que regresaba a realzar con su belleza la agreste belleza de los paisajes, dóciles a su prestigio;

el verde glauco de las arboledas se hacía reverente a su paso, feliz de hacer dosel a aquellas cabezas pensativas;

y, ellos, eran felices en aquella sensación panteista que parecía diluir sus almas en el alma de la Naturaleza que los hacía amarse tan tiernamente, tan fervidamente, sobre el corazón de la tierra, que parecía sometida al drama de sus corazones;

una tarde de inexpresable delicia, en que se alejaron sin pensarlo, de la condesa, que se había sentado fatigada en un banco, se internaron por un laberinto de arbustos, hasta desembocar en una rotonda umbría en cuyo cen-

tro una fuente de mármol lanzaba su pluma de agua por la boca de un dragón; fatigada, Nora se sentó en el pretil de la fuente, y él se sentó al lado;

los peces multicolores que había en la taza, acudieron presurosos, como esperando un alimento de la mano cuasi diáfana que se apoyaba en el borde limoso, mientras los cubría una lenta lluvia de hojas amarillas que caían de los árboles desnudados por el viento otoñal, que barría también las nubes, en ese poniente tierno de llamas moribundas; y, él, mirándola fija y dolorosamente al rostro lleno de una mortal inquietud, le dijo:

—¿Se siente usted mal?

—No—respondió ella con una voz muy baja, una voz de anonadamiento;

como si sintiese la necesidad de explicarse y de aprovechar los momentos que huían, él, se apresuró a decir:

—¡Cuánto he sufrido con la enfermedad de usted; no me atreví a ir a verla, pero le escribí; ¿recibió usted mis cartas?

—Sí.

—¿Por qué no las contestó usted? ¡eran tan sinceras!... hoy le digo lo mismo que en ellas: Nora, ¿me ama usted?

ella calló, con el rostro empurpurado, como si todo el esplendor de la hora ticianesca hubiese caído sobre las azucenas de sus mejillas, incendiándolas, y en esa onda de silencios había vibraciones extrañas, como las de las olas subterráneas que baten las olas de un peñón; era la mano de un sueño, degollando otro sueño en el fondo del propio corazón;

con una voz tierna como surgida del más remoto seno de las entrañas, y cálida como si brotase de las profundidades vómeras, él, insistió, y tomando una de las manos de la joven, e inclinándose sobre ella casi hasta rozarla con los labios, le decía:

—¿No me ama usted, Nora? ¿no quiere usted ser mi esposa?

sobre la cabeza inclinada del joven, cayó una lágrima tan ardiente, que éste alzó la cabeza, sorprendido, y mirando a Nora fijamente en los ojos enturbiecidos, le dijo, temblando de emoción:

—¿Llora usted? ¡ah! entonces... ¿me ama usted?

—Sí;—dijo ella con una voz profunda y grave, en la cual vibraba la sincera oblación de toda su alma;

permanecieron así, las manos en las manos, mudos y absortos, como si en ese momento sintiesen sobre ellos el vuelo trepidante de la Vida, y viviesen en aquellos instantes, muchos años...

y cuando regresaron cerca a la condesa, que los esperaba, había en sus rostros tan honda mutación, que ella sonrió;

se sentaron cerca a la anciana, que tomándoles las manos se las unió, mirándolos con ojos húmedos de llanto y diciéndoles con una voz trémula de emoción feliz:

—En nombre de nuestros grandes muertos;

y, bendiciéndolos, selló las manos unidas, con el beso de sus manos venerables.

———

Fueron dos meses de un bello idilio, cándido y ferviente, bajo el amor de los cielos grises, que empezaban a hacerse opacos a la llegada del invierno;

los jardines comenzaban a hacerse inhospitalarios en la pompa doliente y precaria con que los últimos días del Otoño visten los campos y los cielos, de una tan serena y dulce belleza;

las tardes, hechas graves, de una placidez melancólica y fugitiva, no permitían ya los largos paseos en la vasta paz de los parques despoblados de

follajes, donde los pinares adustos, proyectaban sombras colosales sobre la tierra desnuda:

sin embargo, se aventuraban más allá de los parterres vecinos al castillo hechos de un gris opaco de cenizas, hasta los rosales ya muertos, sobre cuya devastación el ramaje siempre vivaz de los abetos, extendía una paz azul de una dulzura cerúlea y profunda: se sentaban en los mismos bancos de enantes, insensibles al cambio de las estaciones, y como deslumbrados por su Destino en un ensimismamiento tierno y conmovedor;

y, allí, hablaban largamente, tiernamente, las manos en las manos, en uno de esos éxtasis, en que todas las cosas de la Vida, son bellas y toman aspecto de divinidad:

era un festín espiritual de ensueños y de palabras, en el dulce encanto de la hora, en la elegía de la tarde, bajo la desnudez inclemente de los árboles, y sobre la de los senderos, en los cuales las últimas hojas amarillas de un amarillo rojo, de tabaco, hacían rondas fugitivas, y dibujos de una marquetería caprichosa y complicada:

¿que les podría importar a ellos, la llegada del invierno si llevaban la primavera en el alma?

sus almas y los paisajes se confundían en una misma tristezá voluptuosa, en la cual goznban en rememorar:

se interrogaban sobre su pasado, hablaban de él, se lo contaban cándidamente; anecdotizaban sobre su infancia, sobre su adolescencia aun cercana, reían a ciertos recuerdos y se entristecían ante otros, especialmente ante aquellos en que los grandes muertos proyectaban su sombra dolorosa;

hacían vastos proyectos para su porvenir, alegres y confiados, entregando los tesoros de sus sueños a las carabelas del Destino en marcha siempre hacia los orientes vírgenes de lo Desconocido, inciertos y fatales;

y, callaban luego, como agobiados por su dulce y suave emoción.

—¿En qué piensas?—se preguntaban el uno al otro alternativamente, y una tristeza extraña los invadía, como la caricia de un sueño ilimitado y delícioso abierto dentro de sus propios corazones;

si los fríos prematuros aumentaban la inhospitalidad de los jardines, se refugiaban entonces en el vestíbulo cerrado, a través de cuyos cristales de un verde oleaginoso, los cielos y los campos fingían una visión de aguas dormidas: y allí jugaban a las damas o al ajedrez, en el cual la condesa era muy ducha;

otras veces, si el mal tiempo los sorprendía fuera, se refugiaban en la capilla, panteón de la raza, y, allí oraban de rodillas ante la tumba de la última baronesa, sobre la cual habían jurado amarse hasta la muerte:

—Contra todos y contra todo,—había dicho él;

y, ella había asentido, cruzando su mano con la mano del amado sobre el mármol que cubría la muerta;

y, cada vez que concurrían a la capilla, gustaban de repetir su juramento sobre la piedra inerme;

tanta ventura era turbada únicamente por la idea de la próxima partida;

el permiso militar del joven llegaba a su fin;

esta idea de la soledad próxima, los hacía más sensitivos y más comprensivos de las emociones de su propio corazón;

la llegada inesperada del barón, arrojó la consternación en aquel idilio;

este llegó de súbito, en una noche lluviosa en que nadie lo esperaba;

sólo los criados tuvieron noticia de su arribo;

los otros moradores del castillo no lo supieron sino a la mañana siguiente;

el barón se sintió desagradablemente sorprendido con la presencia de su hijastro, pero hombre de mundo y de educación, guardó las apariencias, y, fué con él, amable sin afecto, y cortés sin efusión;

se informó sobre sus estudios y su carrera y habló de su porvenir;

ambos guardaron un silencio absoluto y calculado sobre la cuestión de intereses, acerca de la cual había habido y aun había litigios entre ellos, y no se habló siquiera de la reciente herencia, no despreciable, que Estanislao acababa de recibir por defunción de una tia paterna suya.

—Te aburrirás enormente en tu vida de guarnición—dijo una tarde el barón, dirigiéndose a Estanislao, mientras las damas bordaban en la galería de cristales, herméticamente cerrada, donde en jarrones enormes florecían los primeros crisantemos.

—Sí, pero estudio mucho—respondió el joven, que era muy parco de palabras cuando de su padrastro se trataba.

—Es necesario casarte; no se puede vivir sin un hogar; el amor de una mujer es tan necesario a la vida como el sol y como el aire—añadió el barón; y al decir así, miró fija y apasionadamente a Nora, la cual se inclinó entonces hacia la condesa con el pretexto de consultarle algo sobre el bordado que hacían ambas, y en realidad, para fingir no apercibirse de las miradas ni de las palabras del barón;

se había convenido entre los tres, no decirle nada sobre las relaciones y el reciente compromiso de los jóvenes, pues debía ignorarlo todo;

según ese pacto, Nora debía permanecer en el castillo hasta la primavera próxima, en que la condesa, con el pretexto de ir a ver a su nieto, partiría para Moscou, llevándola en su compañía, y allí tendría lugar el matrimonio, después del cual, sólo la condesa regresaría al castillo para continuar cuidando sus otros nietos;

muy versado en conocer el corazón de las mujeres y sorprender sus actitudes interiores, el barón notó algo en los ojos y en los gestos de Nora Sheidman, algo que no era la resignación fatigada y orgullosa de antes de su partida; y resolvió espiarla;

no le era posible hallarla nunca sola, y, no pudo por consiguiente explorar su ánimo, ni dirigirle nuevos requerimientos de amor;

los jóvenes continuaban en verse y en hablarse, pero en los apartamentos de la condesa, en los cuales el barón no entraba nunca;

una tarde, había hecho un sol más vivo que de costumbre, y una brisa tibia, completamente ajena a un atardecer de Noviembre, en aquellas latitudes, hacía deliciosa la hora, llena de un encanto nuevo e inusitado;

se habían abierto los cristales de la galería, se había descendido a la terraza y empujado los sillones hasta la orilla del lago, que había empezado a helarse, siendo más temible en sus profundidades bajo el cristal prematuro de sus inmóviles aguas, trocadas en una superficie tersa de un gris equívoco de acero; la condesa había abandonado su asiento, para entrar un momento a la casa, a un reclamo imperioso de Maud;

los dos jóvenes quedaron solos, sobre el acantilado ribereño, bañado de una semiluz espectral, con blancuras de sudario;

el lago a sus pies mostraba su superficie bruñida, como las escamas de un pez muerto, irisadas de fosforita;

estaban tan cerca de las aguas heladas, que Nora tuvo miedo, y retiró un poco su sillón;

en el reposo de los cielos y de los paisajes que parecían hechos de cristal, ellos dialogaban en voz baja;

hablaban de su amor, y de su dicha futura, que el odio del barón no podría turbar;

frases despectivas e hirientes salían de sus labios contra el siniestro personaje que se disputaba en sus almas el imperio del odio y del desprecio;

como para sellar ese pacto de aborrecimiento Estanislao besó castamente la mano de Nora;

un leve ruído en el follaje les hizo alzar la cabeza;

el barón, que lo había visto y oído todo, oculto por el tronco de un árbol, detrás de ellos, salió de su escondite como un tigre del jaral, y apareció ante los jóvenes furioso y vindicativo;

ante su actitud amenazante, Estanislao se puso de pie, porque conocía bien los arrebatos y las vehemencias de aquel energúmeno terrible;

lo había apenas hecho cuando recibió en pleno rostro un bofetón del barón que lo hizo vacilar;

rehecho de la sorpresa y pugilista admirable y adiestrado respondió a la agresión con sendos golpes, y una lucha encarnizada se entabló entre los dos hombres;

el barón era más fuerte; el conde era más ágil, pero estaba estorbado por el largo y pesado abrigo militar que lo envolvía;

el barón logró poner por tierra al joven pero, éste, escapando hábilmente, dominó a su contrario, y ya de pie lo empujó violentamente contra un árbol, sujetándolo por la garganta como para extrangularlo;

el barón hizo un movimiento para escapar, perdió terreno y uno de sus pies se deslizó sobre el hielo del lago, que se rompió...; entonces se abrazó fuertemente al conde, y ambos rodaron y desaparecieron bajo la capa de escarchas, que dejó apenas una leve superficie de aguas calmadas;

la condesa que había llegado, dió un grito de horror, adivinándolo todo;

y, las dos mujeres enloquecidas de espanto, miraron los estremecimientos de aquella lucha bajo el agua, de la cual la superficie helada se resquebrajaba en partes, abriendo grandes grietas sombrías ..

después... todo movimiento de las aguas y del hielo cesó...

el barquero y un lacayo acudidos a los gritos de la condesa, desamarrando una barca, ensayaron romper los hielos con los remos, explorando el lugar del suceso; no vieron nada;

fué ya bien entrada la noche, que sumergiéndose atrevidamente pudieron arrebatar al agua sus despojos;

los dos cadáveres fueron hallados abrazados en el fondo limoso. y extraidos con pena del fango helado que los tenía prisioneros; y estaban cubiertos de algas babosas, como envueltos en un sudario de cristal.

Pargasilla

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid — Apartado 428

Dolor de cabeza, neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídase en farmacias.

Evita el dolor de muelas

ALCOHOLATO

ELIXIR DENTIFRICO

Perfuma el aliento.

Alcoholera. -- Carmen, 10

Le interesa, señora. Una cabellera abundante y con su primitivo color es la mejor diadema que puede lucir la mujer. Usando el agua **La Flor de Oro** tendréis esa cabellera y evitaréis su caída, así como la caspa y las canas.—Se vende en perfumerías y droguerías.

MIS
MEJORES CUENTOS
(NOVELAS BREVES)

Interesantísima serie compuesta de **catorce volúmenes,** en los cuales están coleccionadas — previa una escrupulosa selección — las mejores novelas breves de nuestros más ilustres escritores contemporáneos:

Manuel Linares Rivas. - Condesa de Pardo Bazán. - Zamacois. - Emilio Carrere. - López de Haro. - Joaquín Belda. - Ortega Munilla. - Colombine. - Cristóbal de Castro. - Francisco Villaespesa. - Vargas Vila. - Répide. — García Sanchiz.

Precio del tomo: 3,50 pts.

Estos volúmenes están avalorados por un **prólogo-autógrafo,** en el cual, los autores arriba mencionados, declaran que las novelas breves que en el libro se publican, están señaladas por él—previa una escrupulosa selección—como las más notables de todas sus obras.

N. 10296

Treinta y un años de éxito creciente.

RECOMENDADO POR LAS EMINENCIAS MÉDICAS PARA EL CAMBIO DE EDAD.-EXCELENTES RESULTADOS EN LAS SUPRESIONES Y RETRASOS.-MARAVILLOSOS EFECTOS EN LA INAPETENCIA Y DESNUTRICIÓN.

HIPOFOSFITOS·SALUD

Rogamos a nuestros corresponsales y suscriptores que nos remitan la correspondencia en la siguiente forma:

Señor

PRENSA POPULAR

Apartado 498. MADRID

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

El eminente doctor José Luis Madero, Profesor de Clínica Médica de la Facultad de Medicina de Cádiz, y especialista del aparato digestivo, dice en su extenso y notable informe: ...«Entre las modernas conquistas que la actual terapéutica posee, **Neutrácido Español** ocupa hoy lugar eminente por lo original de su composición y por su eficacia en los más variados y graves procesos mórbos del aparato digestivo, ya que no se limita a mejorarlos sino que los cura, estando indicado con preferencia a todo otro elemento para combatir las dispepsias hiperclorhídricas y anaclorhídricas dilatación y úlcera del estómago, gastritis subaguda, etc...»

Solicite Vd. del concesionario exclusivo, DON JOSÉ MARÍN GALÁN, ARJONA, 4.-SEVILLA un notabilísimo y lujoso folleto, que le será remitido gratuitamente.